

Diógenes busca un mecenas

Sea porque con la reformasocial los puntosse han comido hasta las comas, sea porque cada vez el mercado sube más y los dividendos día a día importan menos, sea por lo que sea, lo cierto es que se ha perdido, mejor dicho liquidado, la casta de los mecenas.

Las razones podrían ser muchas, pero la mala voluntad es única y en este caso terriblemente evidente. No hay mecenas, entre otras razones, porque el dinero se ha convertido en el primer egoísta. El altruismo queda por entero en manos de los que solo pueden armar el hombro en las empresas. Los que solo pueden aportar horas y más horas de trabajo.

A pesar de que la historia de todos los tiempos nos ha dado tan tremendas experiencias, muchos, infinitos son todavía los que continúan sin hacer el menor esfuerzo para comprender la lección. Cuando en tiempos de los que solo algunos pueden llamar de las vacas gordas, no vimos rasgo generoso por parte alguna, comprendimos que muy bien no podía verse porque precisamente el estraperlo era la más brutal y auténtica negación de la generosidad.

Pero lo cierto es que los tiempos cambian para todo, menos para los mecenas, que continúan sin hacer acto de presencia.

Y, fracamente, nos resistimos a creer que a todos se los llevara, incluidos aspirantes y candidatos, las holas de febrero.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
26 ABRIL 1956

Amorosa

Adiós a San Feliu

Nuestro compañero durante seis años, José Vallverdú, traslada, por imperativos familiares, su residencia a tierras leridanas.

Al despedirle, publicamos en lugar destacado estas líneas, que representan el último artículo que escribe desde nuestra ciudad. Alguna vez todavía su firma aparecerá en nuestras páginas, pero como anuncio de su ininterrumpido quehacer, vaya por delante la noticia de que le ha sido encargada ya la rúbrica de crítica de libros en el importante semanario leridano «Labor».

Me piden que describa las sensaciones que se experimentan al abandonar San Feliu definitivamente. Poco imaginan quienes plantean el tema cuán doloroso va a serme responder al mismo. Pero por eso, porque va a ser doloroso, será más sincera la respuesta, y con la misma abrupta claridad con que he pretendido a lo largo de seis años dirigirme al público lector, así ahora me permito hacer la exposición personal y directa de mi experiencia.

Cuando el Cid despídese de Doña Gimena se parte de ella «como la uña de la carne», nos dice el poema genial que abre paso a la florida literatura castellana. No pecaré de exagerado si expreso que con tan lacerante sensación abandono San Feliu. Ciertamente que miles de veces me dije que la estancia en esta luminosa ciudad era cosa transitoria, que por obligación familiar y destino personal mi puesto estaba a muchas leguas de distancia, y que forzoso sería trocar un día el azul festoneado de la costa por la parda llanura moteada de verde del extremo meridional del valle del Ebro: poco a poco, insensiblemente, con sinuosidad femenina, el alma extraña inaprehensible y llena de perfume del San Feliu eterno me envolvía, me aprisionaba como una melodía insistente, como un adormecedor influjo.

Y ahora, bruscamente en uno de esos tiros en zigzag que da la vida, me encuentro ante las cuartillas para tener que describir nada menos que mi partida de San Feliu.

Pero, ¿es que hay alguien en el mundo que se aparte definitivamente de San Feliu de Guixols? Yo no lo creo. Ni piensen, ahora precisa decirlo, los genuinos guixolenses, que solamente su ciudad tiene ese hechizo permanente, que hace presa en quien la visita. Otras ciudades y otros parajes hay en el mundo que atraen y seducen con pareja fuerza. Así fué el paraíso tahitiano para un Gauguin o las islas de Aran para Yeats y para J. M. Synge. A mi me ha tocado la seducción de San Feliu. Poco importa que haya denunciado los que yo creía sinceramente defectos que entorpe-

cían un mayor esplendor, un más íntimo y robusto contentamiento, de la ciudad y de sus hijos... En el fondo yo quería, yo quiero a San Feliu. Y, para bien o para mal, aquí he trabajado, aquí he tendido los brazos a cuanto noble pasó por mi lado, aquí he plantado árboles, y aquí me ha nacido un hijo.

Yo no puedo hablar de mi propia partida. Pero la realidad es que la separación urge, que es cosa de unas horas, solamente, y que cuando estas líneas lleguen al público estaré ya encarado con la llanura blanquecina de las comarcas leridanas, afincado en la tierra a la vuelta de dos generaciones que divergieron de ella. Así, sencillamente, duramente, dolorosamente, alegremente, necesariamente.

Cuando abandono San Feliu las sensaciones se multiplican. Yo diría que se siente un vacío extraño, un vacío de luz, un hueco de música. La tierra a donde voy tiene una serenidad completamente agraria, una placidez telúrica, al contrario de ésta donde he vivido, llena de aristas brillantes, de meneo ventoso, de agitada efervescencia humana, de inminencias sensuales, de hedonismo a flor de piel: aquí la piel triunfa, allá la parda mancha de las ropas, aquí la risa brota, allí la furtiva carcajada se esconde, aquí el temporal exalta y enardece, allí cohibe y angustia...

Cuando llega el invierno, la vida se hunde en regiones inhabitadas, en grandes vacíos anímicos. Es una tierra que, -¿paradojal?- también atrae, también produce gozo, también hace sufrir, también acoge, también duele, también corona de espinas, también exalta con el olor de la cosecha y con la luz de sus amaneceres hechos de rocío y brisa.

Nos veremos, San Feliu. Tú y yo nos seguiremos viendo en el espejo del tiempo, en la compleja amalgama de músicas de los años, en el temblor de ese hilo que el amor tendió entre nosotros dos. Adiós, San Feliu. Cuando algún día pase de nuevo por tus calles, quizás alguno de tus hijos me recuerde. En su sonrisa, tendré la mejor de las recompensas.